

sacrificio; y concluye diciendo, que si miramos á la exacta observancia de la disciplina debia San Basilio haber desechado la ofrenda de un príncipe arriano declarado y perseguidor de la Iglesia; pero que el Santo hizo en aquel lance lo que le pareció más útil para la Iglesia: «Il semble meme qu' en s'en tenant à l'observation exacte de la discipline, saint Basile aurait du rejeter l'offre d'un prince arien déclaré et persecuteur de l'Eglise: mais ce saint fit en cette occasion ce qui lui parut de plus utile pour l'Eglise.» Al modo, pues, que San Basilio tuvo por bien condescender con el herege en aquellas cosas, hallando causa que lo cohonestase, así tambien pudo encontrarla Osio, tanto más que en este se añadió el peligro de vida, que violentamente le urgía sobre aquella condescendencia.

Otro ejemplar nos ofrece Sulpicio en el diálogo 3 de las virtudes de San Martín Turonense, cap. 15, donde refiere que el Santo comuicó por algun tiempo con los obispos Itacianos, á fin de mover al emperador Maximiano á que retirase el decreto de enviar tribunos á España á quitar la vida y las haciendas á los hereges, aunque luego sintió haber condescendido: *Cum revertens in via maestus ingemisceret, se vel ad horam noxiae communioni fuisse permixtum.* Pareció al Santo que el salvar la vida agena era motivo suficiente para cohonestar la comunicacion con los obispos que queria evitar: en Osio mediaba el peligro no de la vida agena, sino de la propia. Mezclóse San Martín con los culpados *ad horam*: la misma locucion *ad tempus, ad horam*, usa San Atanasio en Osio, página 807. Dolióse San Martín: *Maestus ingemuit*: dolióse tambien Osio: *Ne quia quidem eam rem pro levi habuit*: luego si aquel no quedó infamado por una condescendencia que juzgó eriminal, tampoco debe quedarlo nuestro obispo por la suya.

Otro ejemplo doméstico tenemos en san Eulogio de Córdoba, el cual encarcelado con otros muchos cristianos de orden del rey Abderramán y de su metropolitano Recafredo, que se habia puesto de parte del tirano, fué puesto en libertad con los demas fieles bajo fianzas y á condicion de quedar sometidos á las órdenes del mencionado Recafredo. En virtud de esta disposicion, así él como los demas confesores se vieron obligados á comunicar con aquel terrible pastor, que se habia convertido en lobo de sus ovejas, ya por no resistir á las órdenes del rey y comprometer á sus fiadores, ya por evitar el total esterminio del rebaño. San Eulogio, que antes habia sido intrépido defensor de la fé en la causa de las santas mártires Flora y María, gemia interiormente por la triste situacion en que se hallaba, doliéndose de que ni podia hablar, ni dejar de comunicar con un prelado que andaba tan fuera del camino de la verdad. En un momento en que sitió mas atormentada su conciencia con esta afliccion, especialmente á con-

secuencia de haber oido la lectura de una carta de San Epifanio á Juan obispo de Jerusalem, se resolvió á decir á su virtuoso obispo Saulo, que desde aquel día en adelante se abstendria de celebrar el Santo Sacrificio, á fin de no comunicar con su estraviado metropolitano. «Si las lumbreras de la Iglesia y las columnas de nuestra fé se abstienen de sacrificar, desde hoy me doy por privado de la licencia de sacrificar.» Con este arte procuró el humilde sacerdote satisfacer los recelos que por la comunicacion forzada con Recafredo turbaban su arreglada conciencia; y bien hallada su profunda humildad en aquella penitencia voluntaria no hubiera vuelto al primitivo estado, si no fuera porque el obispo Saulo, que conocia todo el mérito de San Eulogio, y al mismo tiempo los males que podia acarrear á los demas fieles su retraimiento, interpuso su autoridad, mandándole con terror de excomunion, que continuase en ofrecer á Dios sus sacrificios. Así lo cumplió puntualmente el Santo, dice el M. Florez (1), «porque la verdadera humildad es más pronta en ceder que en sentenciar.» Y si ningún historiador acrimina á San Eulogio por su condescendencia; si antes bien suelen alabar la prudencia del obispo Saulo en conminarle para que continuase comunicando con aquel metropolitano, á fin de evitar á sus hermanos una cruel persecucion, ¿habrá de ser nuestro Osio el único con quien no se guarde consideracion alguna absolutamente? ¿No pudo abrigar la esperanza de que su condescendencia trajese á mejores sentimientos á Ursacio y Valente, y aun al mismo tirano Constancio y evitase una persecucion á la Iglesia? Por último, si estas condescendencias de los Santos Basilio, Martín y Eulogio, no han sido obstáculo para que su fama no se amancille, ni para que se les tribute culto ¿por qué ha de serlo para Osio, para Osio que durante mas de cien años sufrió innumerables tormentos por la fé y fué su más acérrimo defensor?

Así pues, aun cuando nuestro Osio hubiera tenido esa condescendencia que se le atribuye, no por eso quedaria menguada su fama aun en sentir de los que como el P. Florez admiten ose deslíz; tanto tiempo empleado en el servicio de la Iglesia, cien años de constancia en defensa de la fé, los tormentos que aun para hacerle caer en esa condescendencia tuvieron que emplear sus enemigos, y sobre todo el dolor y arrepentimiento que todo esto causó al mismo Osio y su gloriosa declaracion antes de morir, cosas todas que se consignan

(1) Tom. 10, p. 421.

en el mismo testo que sirve de prueba de esa condescendencia, motivos son mas que suficientes para disipar cualquiera sombra con que se hubiera podido oscurecer siquiera por un instante el brillante y esplendoroso nombre de Osio. Pero digimos ya que ni aun esa condescendencia hubo, y esto es lo que nos resta probar, y lo haremos echando por tierra la base en que se funda la opinion de los que admiten esa falta en Osio.

Ese testo es el siguiente tomado de la Epístola de San Atanasio á los solitarios: «Tantum vim in tulit seni, et ita eum arcte enuit, ut afflictus, attritusque malis, tandem aegreque cum Ursacio et Valente communicaret, sed tamen ut contra Athanasium non subscriberet... Verum ne ita quidem eam rem pro levi habuit: moriturus enim quasi in testamentum suo vim protestatus est, et arianam haeresim condemnavit, vetuitque eam a quoquam probari, aut recipi.» Este es el testo que sirve de fundamento á los que, como Florez, creen que el buen anciano Osio, abrumado de padecimientos, condescendió á comunicar *ad horam*, por un brevísimo tiempo, con Ursacio y Valente. Pues bien: este testo no es del Santo Patriarca de Alejandria, ha sido interpolado entre sus obras. La Epístola *ad solitarios*, que tambien suele llamarse la *Historia de los arrianos*, fué escrita antes de que San Atanasio pudiese saber la caída de Liberio y de Osio, y ademas el Santo no añadió despues lo que en dicha Epístola se refiere de la caída y muerte de Osio. Estos dos asertos los prueba detenidamente el erudito P. Maceda. En cuanto al primero conviene tambien en él Papebroquio en la vida de San Atanasio é igualmente los apologistas de San Liberio. La prueba de ese aserto, héla aqui: Si Atanasio hubiera tenido noticia de la caída de Liberio y de Osio, y aun de la muerte de este, antes de escribir la Epístola á los solitarios, habria que decir la escribió entrado ya el año 358; es así que á esto se opone el mismo Atanasio; luego cuando le escribió no sabia todavía esos sucesos de que hablamos. La proposicion mayor de este silogismo debe ser bien evidente para los que sostienen la caída de Osio, pues juzgan que esta debió efectuarse por los meses de julio y agosto del año 357; que despues regresó, siendo de cien años de edad, desde la Pannonia á Córdoba y que en esta ciudad vivió algun tiempo; por manera que á lo sumo lo mas pronto que pueden fijar la muerte de Osio es á fines de noviembre ó diciembre de 357. Ahora bien: para que desde Córdoba llegase la noticia de su muerte á San Atanasio, que estaba oculto en Egipto, forzosamente se necesitaban algunos meses, en especial siendo invierno como era, y no habiendo entonces la facilidad de comunicaciones que hay ahora. Ademas, la caída de Liberio se fija comunmente en el año 358; aun suponiendo pues que al poco tiempo ocurriera la de Osio, siempre resultará que eran necesarios algunos

meses para que San Atanasio que andaba errante y oculto recibiese la noticia de la caída de Liberio, que á la sazón se hallaba en la Berea ó en Sirmio. Así que de estos apuntes cronológicos se deduce que para hacerse mencion de estos sucesos en la Epístola *ad solitarios* debió escribirla pasados ya los primeros meses del 358. — Probada la mayor de nuestro silogismo, vengamos á la menor y veamos que del mismo San Atanasio aparece que no la escribió en ese año sino mucho antes. En efecto: en ella (núm. 4) hace mencion el Santo de Leoncio, obispo de Antioquia, como aun vivo: *Leontius Castratus qui nunc Antiochia episcopus est.* Luego San Atanasio escribia su Epístola cuando aun vivia Leoncio ó muy poco despues de su muerte; pues nadie ha dicho ni puede decir que San Atanasio ignorase por mucho tiempo la muerte de Leoncio, patriarca de Antioquia, no siendo tanta la distancia de los lugares. Ahora bien: la muerte de Leoncio acaeció, segun Baronio y Valesio, en el año 356; por consiguiente queda en este supuesto probado nuestro aserto. Pero sigamos aun mas adelante: Tillemont y los de San Mauro dicen que no murió Leoncio en el 356, sino á fines de 357; pero en ese caso es todavía mas increíble que San Atanasio hubiese ignorado la muerte de Leoncio cuando se supone que ya sabia la de Osio y la publicaba en sus escritos. Ademas aparece la verdad bien claramente y sin ambages; porque Eudoxio, obispo de Germanicia, se hallaba en Roma, dice Sócrates, cuando llegó la noticia de la muerte de Leoncio; y el mismo Sócrates indica que se hallaba allí el emperador, pues refiere que habiéndose presentado á este Eudoxio y pintándole la conveniencia y necesidad de regresar á su diócesis, le concedió permiso el emperador; y entonces Eudoxio valiéndose de los palaciegos, dejando su diócesis de Germanicia pasó á ocupar fraudulentamente la Silla de Antioquia. Tillemont y otros muchos eruditos, prueban que Constancio no pudo estar en Roma sino desde fines de abril hasta fin de mayo del 357; por consiguiente, habiendo llegado en ese tiempo á Roma la noticia de la muerte de Leoncio, no pudo esta verificarse mas tarde que en marzo ó á mediados de abril. Ahora bien: esta noticia de la muerte de Leoncio debió recibirla Eudoxio mucho antes de que se celebrase el conciliábulo de Sirmio y la caída de Osio. Esto es claro, porque nadie ha dicho hasta ahora que Eudoxio fuese autor de la fórmula de Sirmio ó tuviese en ella parte, y la hubiera tenido si hubiera estado con el emperador cuando se publicó; antes bien, él la supo cuando ya se hallaba en Antioquia, porque se lo escribieron Ursacio y Valente, segun ya dijimos; y déjase conocer que debió pasar bastante tiempo para que despues de saber Eudoxio en Roma la muerte de Leoncio, engañando al emperador y ganándose á los eunucos de palacio, marchase á Antioquia y se apoderase de la Silla, y luego en posesion de ella convocase el Concilio en que restableció en el dia-

conado á Aecio y contestó á la carta de Ursacio y Valente etc. etc.; todo lo cual requería ciertamente algunos meses. De aquí pues aparece que hablando San Atanasio de Leoncio como de obispo que entonces era de Antioquia, y que por consiguiente aun estaba vivo, no pudo escribir su Epístola en que de él habla, sino antes de su muerte, ó poco despues, es decir, bastante antes de fines del 357 y principios del 358; luego queda probado que del mismo Atanasio se infiere que no pudo escribir su Epístola en el 358 que es cuando debería haberla escrito, según ya hemos probado para poder hacer en ella mención de la caída de Liberio y de Osio y de la muerte de este.

Ademas, del contesto de dicha Epístola se colige que fué escrita antes de la Pascua del año 357, es decir, viviendo aun nuestro Osio, pues hablando en ella San Atanasio de las maldades cometidas por los arrianos, espresa el martirio de San Segundo, presbítero, en los siguientes términos: *Certe jam (grece sic enim et nunc) summae viri audaciae.... cum presbyterum non sibi obsequentem in Barcaernerent, Secundum nomine.... calcitrando virum occiderunt.* Poco despues ponderando el crimen de los homicidas, dice que le cometieron *in ipsa quadragesima.* Según Tillemont, Papebroquio, Stilling y otros muchos historiadores el martirio de San Segundo ocurrió á principios del año 357: así que anunciándole San Atanasio en las palabras citadas como ocurrido *nunc...* (ahora) *in ipsa quadragesima*, es claro que el Santo escribía entonces la Epístola en que le menciona; y por consiguiente que esta fué escrita antes de la Pascua del año 357, en cuyo año cayó en 23 de marzo, y por lo tanto antes de que ocurriese la caída y muerte de Osio, que en ella se espresa. Y aquí observa oportunamente el P. Maceda debe corregirse la comun opinión de los autores modernos que suponen haber estado Osio un año en el destierro, pues San Atanasio dice: *et pro exilio illum (Hosium) detinet integrum annum Sirmii;* por manera que cuando San Atanasio escribía esta carta, es decir, cerca de la Pascua del 357, llevaba ya Osio un año entero de destierro, y habiendo permanecido en él por lo menos hasta fin de julio del mismo año, habría que contar aquellos meses que transcurrieron desde que el Santo escribió su Epístola hasta que se publicó la fórmula de Sirmio. A propósito de las palabras que acabamos de transcribir de San Atanasio, conviene notar que en ellas habla en presente *detinet*; es decir que á la sazón, cuando el Santo escribía, todavía se hallaba Osio sufriendo el destierro; nueva prueba de que San Atanasio escribió la Epístola antes de saber la caída y muerte de Osio, pues le suponía vivo sufriendo su destierro.

Tenemos además otra prueba de la interpolacion en lo que antecede y en lo que sigue. El P. Maceda inserta íntegro el texto con la interpolacion y hace ver: 1.º que sin la interpolacion forma buen y perfecto sentido lo que la antecede y lo que la sigue; 2.º

que con esa interpolacion no hay enlace ni consecuencia entre aquello y esto. Por otra parte, forma un contrasentido el que despues de haber referido la caída de Liberio se espresa del siguiente modo: *agnorat scilicet (Constantius) etiam si singuli seorsum vdegant, adesse tamen unicuique Dominum, quem una omnes confessi sunt, qui illud aget, ut multo plures singulis adsint, ut olim Eliseo Prophetae praestitit, quam sint cum Constantio milites;* y que despues de elogiar á Osio, refiera su caída y en seguida vuelva á elogiarle en los siguientes términos: *«Quis haec si videat vel solum audiat, non obstupescet, ad Dominumque clamabit: num ad internecionem d'ibis Israel? Patres populorum, et fidei magistri tolluntur, impiique in ecclesiis intruduntur. Quisnam ubi vidit Liberium Romanum episcopum in exilium ejici, aut Patrem episcoporum Magnum Hosium tantis affici malis: quis cum cerneret tam multos episcopos ex Hispania et ex aliis partibus extorres fieri, non exploratum habuit, etiam si modico sensu praeditus esset criminationes in Athanasium, in aliosque allatas, confictas fuisse, omniaque calumniae plena? Ideo venim illi omnia mala perferenda putarunt, quod insidias ex eorum sycophantia structas, compertas haberent.»* Ahora bien, sería un contrasentido que San Atanasio hablase de esta manera de la futura constancia de los obispos desterrados, sabiendo la prevaricacion de Osio y de Liberio; sería una incoherencia de pensamientos celebrar la fortaleza de Liberio y de Osio, y referir inmediatamente su caída; sería igualmente chocante é impropio que, despues de referir esta, vuelva á hacer alarde de la firmeza con que todos y cada uno de los obispos desterrados, sostenidos por el Señor, habían confesado la fé; sería un error y un escándalo llamar á Osio padre de los pueblos y de los obispos y maestro de la fé, despues que sabía haber apostatado. Y cómo podría decir que Liberio y Osio «prefirieron sufrir todos los males» *omnia mala perferenda putarunt*, si al fin hubieran tenido la debilidad de ceder á esos males y sucumbir accediendo á los deseos de sus enemigos?

Aún mas: prescindiendo de que San Atanasio emplea repetidas veces, para nombrar á Osio, la palabra griega que significa *santo, puro, inocente*, lo cual claro es no cuadraría á quien hubiera flaqueado del modo que allí se supone: en las mismas palabras que hemos dicho ser interpoladas se ve una contradiccion con las que poco antes acababa de decir. En efecto: en las añadidas, y que son la base del argumento de los que opinan hubo en Osio condescendencia con Ursacio y Valente, se lee: *tantam enim seni vim intulit, tamdiuque illum detinuit*; es decir, que aquí emplea el verbo en pretérito perfecto, y poco antes le usa en presente, *detinet*; por manera, que según lo que acababa de decir, Osio seguía en el destierro, *detinet*; y según lo que despues se le quiere hacer decir, no seguía ya, sino que había salido de él; era

ya cosa pasada el destierro, *detinuit*. Tanta fuerza hacen todas estas reflexiones á Stilling, que de ahí concluye no solo que Atanasio al escribir su carta á los solitarios ignoraba la caída y muerte de Osio, sino que ni siquiera parecía supiese el destierro de San Hilario, y eso que era ya un año anterior.

Ni vale decir que pudo muy bien San Atanasio hacer esas adiciones despues que supo esos sucesos; pues si así fuera, habría tenido el Santo que variar completamente su Epístola y no las habría intercalado cabalmente donde caían mas mal y donde peor enlace formaban con lo antecedente y con lo siguiente; y lo que es aún mas, donde venían á echar por tierra el argumento fuerte y la poderosa razon que alegaba contra los hereges.

Casi las mismas pruebas que hemos dado para probar que en la Epístola *ad Solitarios* se ha añadido, y no por el Santo, lo relativo á la caída de Osio, militan para probar que tambien fueron interpolados en su segunda *Apologia* los pasajes en que habla de dicho suceso. Creemos escusado por lo tanto detenernos en esto; quien guste enterarse mas pueda ver lo que dice el P. Maceda (pág. 63) y lo que en el mismo sentido manifiesta el erudito Stilling. Los antiguos manuscritos en que se apoyan los que opinan de otra manera, tienen muy poca autoridad para el caso, pues hallamos que todos son de cuatro, cinco y seis siglos despues de la muerte de San Atanasio; y por lo tanto no estamos obligados á darles fé, teniendo en contra tan graves argumentos.

Vengamos á la *Apologia de Fuga*, en la cual se lee tambien la caída de Osio. Esta apologia, según los datos mas seguros que nos ofrece la historia, fué escrita tambien antes que aquella pudiera suceder. Tillemont y los Padres de San Mauro afirman que fué escrita en el año 357, y aun antes que la Epístola *ad Solitarios*. En este caso, habiendo sido esta escrita antes del tiempo en que se supone tuvo lugar la caída de Osio, como dejamos probado, resulta que lo que se refiere en la *Apologia de Fuga* es tambien una interpolacion hecha probablemente, sino por los mismos arrianos, al menos por otras manos y bien inespertas é ignorantes hasta de la lengua griega, como dice el P. Stilling.

Es tambien muy notable que este ilustre Santo de quien con tanto empeño se han querido arrancar palabras para denigrar la fama de nuestro célebre compatriota, solo se acordase de hablar de la caída de Osio, en aquellas obras que escribió hacia el año 357, ó muelo antes, y esto tres veces, y cabalmente haciendo esas mismas tres veces los mismos elogios de Osio; y que ninguna mención haga de esa caída en las otras que escribió despues. Justamente en el libro de *Synodis*, que escribió por el año 361, no solo se le ofrecia ocasion oportuna, sino tambien hasta necesaria; porque en él inserta multi-

tud de fórmulas de fé de los arrianos, siendo la sétima que pone la publicada en Sirmio, que es la que suponen nuestros adversarios que suscribió Osio. Sin embargo, San Atanasio la encabeza con los nombres de Valente, Ursacio y Germinio, sin decir una palabra de Osio. ¿Por qué esta omision tan notable, cuando según algunos de nuestros contrarios no solo suscribió Osio esta fórmula, sino que tambien fué el que la dictó? ¿Por qué San Atanasio aparenta aquí desconocer el escándalo y á su autor? ¿Por qué reprende allí á Acacio, á Eudoxio, á Patrofilo, á Ursacio y Valente, y no dice una palabra de Osio? ¿Podrá creerse acepcion de personas en el Santo? Lejos de eso; máxime cuando allí se le presentaba ocasion de hablar de Osio, para que si fuera cierto que había caído no se escudasen con él los arrianos.

Pero aun hay mas; porque si grande es la fuerza de este argumento negativo en favor de nuestro Osio todavia vamos á citar otro mas poderoso, con el cual caerán al mismo tiempo por tierra los textos de Eusebio Vercelense y San Hilario que se citan en contra nuestra. En el año 362 es decir, mas de dos ó tres años despues que se supone ocurrida la caída de Osio, y cuando ya había tiempo sobrado para que á ser cierta la supiera San Atanasio; en el año 362, decimos, se celebró en Alejandria el sínodo de este nombre, asistiendo á él San Atanasio, Eusebio Vercelense y otros muchos obispos, á quienes Constancio, muerto el año anterior, había tenido largo tiempo desterrados. Estos Padres, movidos de misericordia hácia muchos fieles sencillos, que habían flaqueado en la anterior persecucion, resolvieron admitir á sus anteriores grados á todos aquellos que por miedo, fuerza ó ignorancia habían comunicado con los arrianos, y conceder solo la comunión á los que habían predicado la heregia arriana, pero negándoles el honor del episcopado á los que le habían obtenido. De este modo se proveyó á la tranquilidad de la Iglesia y se reprimió la escensiva severidad de algunos que no querian se admitiese mas en la comunión á los lapsos. En este sínodo, ademas de otras muchas cosas que hizo Atanasio, quiso dar cuenta de por qué había abandonado su grey en la persecucion de Constancio. Sabía que se le había acusado de cobardía por la espresada fuga, y por esto se vió obligado á salir á su defensa escribiendo la *Apologia de fuga sua*. Esta, según refiere Sócrates, lib. 3, cap. 8, y despues de él Nicéforo, la recitó en el sínodo para de este modo cerrar la boca á los arrianos murmuradores y tranquilizar á algunas almas débiles que tal vez se habían escandalizado de su conducta. Oigamos, pues, cómo habla San Atanasio en esta apologia: «Del grande né insigne varon, del ilustre confesor Osio, que es verdaderamente Osio (esto es, santo, inocente, puro) juzgo supérfluo el hablar, pues nadie hay que ignore que fué lanzado al destierro por los arrianos, porque nada se puede ignorar de un varon tan esclare-

«¿En qué Concilio no fué nuestro guía y capitán? ¿A quién no atrajo á su parecer defendiendo la verdad? ¿Qué iglesia no conserva grata memoria de su presidencia? ¿Quién se acercó triste á él y no se apartó lleno de satisfacción? ¿Qué indigente le pidió, sin obtener lo que necesitaba? Pues hasta contra este se mostraron también audaces é injustos; porque, estando él cierto de las calumnias que para defender la impiedad fraguaban contra mí, NUNCA QUISO SUSCRIBIR Á SUS INTENTOS.»

Rogamos á nuestros prudentes lectores, dice oportunamente el P. Maceda (pág. 78), nos digan así creen digna de un San Anastasio semejante oracion, en el supuesto de que este santo Padre tuviese noticia de la caída de Osio. A mí ciertamente me parece que ensalzar con tan pomposas palabras á un anciano chocho y traidor á la fé, mas bien que otra cosa era mofarse de los Padres y concitar su indignacion. Si se dice que Atanasio ignoraba entonces la prevaricacion de Osio, responderé que esto es increíble, habiendo tenido aquella lugar cinco años antes y tratándose de un varon de tanta celebridad. Además se hallaban presentes en el Concilio Eusebio Vercelense y los diáconos enviados por Lucifero de Cagliari, todos los cuales segun nuestros adversarios sabian perfectamente la caída de Osio. Parece regular que estos, ó antes del Sinodo, ó despues de él, hubieran advertido á Atanasio la maldad de nuestro compatriota, y que aquel prudentísimo Padre hubiera corregido ó eliminado enteramente de su Apología semejante elogio. Sin embargo, Teodoro manifesta claramente que nada de esto se hizo. Es pues indudable que en el año 382 ignoraba San Atanasio la fabulosa caída de Osio, é igualmente que ni Eusebio Vercelense, ni los diáconos de Lucifero, ni los obispos del Concilio de Alejandria tenían el menor conocimiento de ella. Así el P. Maceda, quien además confirma esto mismo, observando que, si así no hubiera sido, si Sócrates y Teodoro se hubiera equivocado, habrían sabido la iglesia griega, y entonces cómo se ha conservado en ella la grata memoria de Osio y tributádosele culto, sin mentar para nada la supuesta caída?

Parécenos ser tan incontestables todos estos argumentos que nada dejan que desear; así que hemos probado ser falsas dos de las tres acusaciones que se hacian contra Osio, la de haber firmado la fórmula arriana de Sirmio, y la de haber condescendido en comunicar con Ursacio y Valentia. Réstanos probar la falsedad de la tercera, la de los que suponen tuvo nuestro Osio un fin desastroso como castigo del cielo por su impiedad.

Argúyennos con lo que se lee en el libro de *Viris illustribus* de San Isidoro. Refiérese allí (cap. 5 y 14) que llamado Osio por el emperador Constancio, y atemorizado con amenazas, consintió luego en la impiedad arriana, temiendo como viejo y rico el destierro y privacion de bienes, por lo que digna-

mente tuvo el fin cruel que merecia; pues segun escribe Marcelino, habiendo vuelto á Córdoba, y no queriendo comunicar con él el obispo eliberitano Gregorio, instigó al vicario imperial para que le desterrase. Resistióse el vicario, diciendo no se atrevia á desterrar á un obispo, si primero no le deponian; y advirtiéndole San Gregorio que Osio se disponia á dar la sentencia contra él, apeló al cielo, pidiendo al Salvador no permitiese tal maldad, no porque temiese el destierro, sino porque no triunfase la perfidia. Dicho esto, al punto cayó Osio de su asiento, torciéndosele la boca y perdiendo la vida de repente: cosa que admiró á todos, y aun el vicario, que era gentil, se postró á los pies de Gregorio temiendo no le sucediese otro tanto; de lo que resultó que solo San Gregorio de Eliberi no padeció destierro entre todos los que vindicaban la fé. A esta relacion añaden la carta de San Eusebio Vercelense, que Baronio introdujo en sus anales año 337, número 35, donde se lee que San Gregorio resistió á Osio transgresor: *transgresori te Osio didici restitisse*: lo cual no solo muestra la caída de Osio, sino que parece aludir á lo referido por Marcelino adoptado por San Isidoro. De todo esto parece inferirse que nuestro Osio murió en la impiedad y castigado visiblemente por el cielo.

Hé aquí la acusacion y todo el fundamento en que estriba. Es indudable que el haberse conservado en las obras de San Isidoro la narracion que acabamos de insertar ha contribuido en gran manera, dice el P. Florez (t. 10, p. 189), al desaire de la fama del grande Osio; pero hoy dia, despues que Baronio, Mendoza, Gomez Bravo, Gaspar Sanchez, Tillemont, Florez, y especialmente el eruditísimo Maceda han ventilado competentemente esta materia, es del todo despreciable semejante historia, y pasa á los ojos de todo crítico medianamente instruido por una ficcion forjada por los presbiteros Marcelino y Faustino, luciferianos, los cuales escogieron apartarse de la Iglesia antes que comunicar con los obispos que tuvieron alguna caída, aun despues de arrepentidos, contra lo prevenido por los cánones. Una vez empeñados en este cisma, se atrevieron á condenar á San Atanasio, á San Hilario, y aun al Papa San Dámaso, segun vemos en el Libelo de dichos dos presbiteros á los emperadores Valentiniano, Teodosio y Arcadio, publicado por el Cl. Sirmond, tom. 4, del cual afirman los Padres Antuerpienses ser un libro *mendacísimo*, en la vida de San Atanasio, cap. 21, número 251. Tales fueron los autores de esa relacion, porque cismáticos é intolerantes que eran pretendian autorizar su conducta con milagros fingidos y castigos extraordinarios enviados por Dios á los prelados que habian faltado en algo ó habian tenido comunicacion con los caidos, y al mismo tiempo ensalzaban sin medida á los que no querian comunicarse con ellos. Uno de los favorecidos con sus pom-

posos elogios por algun tiempo fué San Gregorio de Eliberi, y otro de los mas calumniados nuestro Osio; y por eso tomaron ocasion para atribuirle todo lo referido.

Que sea fabulosa esta narracion, es evidente, pues no se halla semejante noticia, ni cosa que pueda servirle de fundamento en ninguno de los historiadores antiguos. La inmensa fuerza de este argumento se percibe desde luego; porque si Osio hubiera tenido un fin tan desdichado cual ellos refieren, cómo es imaginable que se hubiera ignorado en el mundo, hasta el punto de nadie hacer mencion de él? Las cosas de este grande hombre llamaban tanto la atencion del orbe, que eran como el único objeto de la conversacion de los mortales. ¿Cómo es, pues, posible que haya quedado oscurecido un suceso tan ruidoso relativo á él, cuando de cualquiera otro apenas se hubiera podido ocultar? San Atanasio hablando de su destierro, dice que era sabido de todo el mundo, por no ser posible que se ignorase cosa alguna en varon tan universalmente esclarecido: *Non enim quidquam latere potest in viro illo tantae claritudinis*, pág. 703. ¿Cómo pues pudo ignorarse en el orbe católico su desastroso fin? Y si no se ignoró, cómo es que guardan silencio acerca de él cuantos escritores antiguos hablan de las cosas de Osio? Por ventura, ¿no era un argumento digno de objetarse á los arrianos, poniéndoles por delante el término infeliz que tuvo aquel anciano luego que asintió á su heregía? ¿Cómo, pues, no se le ocurrió á los católicos de aquel tiempo recordarles esta tragedia lastimosa? Y si siendo este un argumento tan poderoso, no tiene mas apoyo que el de los citados cismáticos, ¿qué crédito merecen?

La misma narracion publica su falsedad si se examina detenidamente; pues empieza diciendo que Osio dió asenso á la impiedad arriana por miedo de que le desterrasen y privasen de sus bienes, y es constante que no fué así; porque segun San Atanasio, nuestro compatriota estuvo desterrado un año entero en Sirmio: *Pro exilio detinet illum integrum annum Sirmii*, pág. 841; y en la pág. 703, habia dicho que nadie ignoraba su destierro: *Eum ab istis quoque in exilium missum esse*. Lo mismo escribieron Sócrates y Sozomeno. Luego es falso que por miedo que le desterrasen consintiese en la impiedad de Arrio, pues realmente padeció el destierro.

Aun mas clara ficcion es la de que el vicario del emperador, siendo gentil, no se atrevia á desterrar á un obispo si primero no le deponia Osio; como si por entonces no estuviera el mundo lleno de obispos desterrados sin estar depuestos. El emperador siendo cristiano, desterraba á los mas insignes prelados: ¿cómo su ministro, siendo pagano, no se habia de atrever á ejecutar la orden imperial, intimada por un obispo como Osio?

Además, ¿quién podrá persuadirse que este es-

clarecido varon recurriese al tribunal profano contra un obispo, cuando él mismo arguyó al emperador en su carta que las cosas de la Iglesia solo las pueden juzgar los eclesiásticos? Por otra parte, ¿cómo es creible que un hombre como Osio tratase de pronunciar por sí solo sentencia de deposicion contra otro obispo? ¿Podia ignorar acaso este sapientísimo prelado que un obispo no puede ser depuesto por otro obispo, cabalmente habiendo sido Osio quien propuso y estableció esto mismo en el Concilio Sardicense? Es pues una solemne impostura decir de él que iba á pronunciar sentencia de deposicion contra San Gregorio.

Finalmente, la muerte repentina é infausta que se le atribuye, se opone enteramente al testimonio de San Atanasio (suponiendo que sea de él, ó sino de quien le añadió), que afirma haberse dispuesto para morir estando en conocimiento de su cercano tránsito, y haciendo testamento, en que anatematizó á los arrianos. Es, pues, toda esta tragedia una invencion detestable de los luciferianos, que por autorizar su conducta, mendigaron ó fingieron milagros, publicando castigos espantosos contra los que no fueron de los suyos.

El testo de San Isidoro, que tanto ha fatigado á algunos sobre si es suyo ó es intruso, no debe embarazarnos, pues aun suponiéndole legitimo, debemos tambien suponer que el Santo se tomó del Libelo de Marcelino, donde se halla íntegro; tanto mas, cuanto que en algunas ediciones del Santo insiste este precisamente en la autoridad de Marcelino, diciendo: *Post impiam, ut ait quidam, Osii prevaricationem, etc.* Así que, dice bien Tillemont, nota IV, pág. 716, que habiendo seguido el Santo á Marcelino, no tiene mas autoridad que la que este merece, siendo muy verosímil que no tuvo por delante las obras de San Atanasio; pues en tal caso hubiera referido entre los escritos de Osio la carta que escribió al emperador Constancio, de la cual afirma Tillemont, que no hay cosa tan grande, tan sabia, tan generosa, y en una palabra, tan episcopal como aquella (1). Tambien hubiera visto, dice el P. Florez, San Isidoro, en dichas obras, los elogios con que San Atanasio ensalza á Osio despues de tener noticia de su muerte, las cuales son una nueva prueba de que no murió en la impiedad, y por consiguiente de la completa falsedad de la calumniosa narracion de los luciferianos.

—Siguiendo nuestro método observado en las disertaciones anteriores, ahora entraremos á responder á las objeciones; que en verdad no son pocos los testimonios que se aducen en contra. Citanse por nuestros adversarios San Atanasio en varias de sus

(1) Il n'y a rien de si grand, rien de si sage, rien de si généreux, en un mot rien de si episcopal. Tome VII, v. Osius, art. VII, pag. 513, edit. Paris 1700.